

# El padre Hidalgo, teólogo

Hugo Hiriart

Dice la noticia:

En 1784, siendo aún colegial, tomó parte en el concurso que convocó el deán de la Catedral de Valladolid (hoy Morelia) doctor Joseph Pérez Calama, ofreciendo un premio de doce medallas de plata al estudiante de teología que presentara las dos mejores disertaciones, una en latín y otra en castellano, sobre el verdadero método de estudiar la teología, e Hidalgo fue el primero en enviarle sus brillantes disertaciones, que merecieron aprobación y elogios...

Antes de tratar de librar a nuestro país de la opresión española, nuestro padre Hidalgo, trató de liberar la enseñanza de la teología de la opresión de la vieja y anquilosada escolástica.

El estudio sobre esta precoz rebelión de nuestro padre político no puede estar en mejores manos, que las del padre Gabriel Méndez Plancarte, poeta refinado, conocedor y traductor de los latinos, esmerado conocedor de la literatura mexicana (tiene, por ejemplo, un magnífico libro sobre el ingrátido poeta y violento ciudadano Salvador Díaz Mirón y otro, precursor e indispensable en su campo, sobre *Horacio en México*) y lo que aquí se precisa, fue formado en Roma en el estudio de la teología. El que consideramos, *Hidalgo, reformador intelectual*, es un volumen pequeñito, mínimo en verdad, que se deja leer en una o dos horas, pero es esencial, al que nada sobra ni falta, y forma parte de la brillante colección *Pequeños Grandes Ensayos*, uno de los cotundentes aciertos editoriales de nuestra Universidad.

El estudio fue publicado en la revista *Ábside*, fundada por los hermanos Méndez Plancarte en 1937, supongo que como in-

troducción a la *Disertación sobre la reforma de la teología* de Hidalgo (en castellano, la escrita en latín se perdió).

Hay dos tipos de teología, la moderna o positiva y la antigua o escolástica, por descontento que don Miguel, joven e impetuoso, va estar a favor de la positiva.

Esta teología renovada venía gestándose lentamente. Escribe JM Gallegos Rocafull:

Toda esta honda, laboriosa fermentación (renovadora), llegó a cuajar, por los mismos años de la conquista y colonización de México, en un reflorecimiento de la escolástica, uno de sus más gloriosos avatares, cuyos representantes más destacados, españoles en su mayoría, fueron Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano, Bartolomé de Medina, Domingo Báñez, Francisco de Toledo, Pedro de Fonseca, Luis de Molina..., y el eximio Francisco Suárez. Por obra de ellos la escolástica revisó sus principios, hizo más firme y coherente la trabazón de su sistema, amplió su temática, y si de una parte dejó de ocuparse de las materias de las nuevas ciencias, de otra hizo más aguda y absorbente su preocupación por la metafísica en la que obtuvo sus mayores triunfos.

Pero no fue de ningún modo aceptada sin oposición, al contrario, la vieja ciencia, la medieval, con su Aristóteles interpretado por Santo Tomás de Aquino, seguía tratándose de imponer. La antigua metafísica de acto y potencia, de materia y forma, de forma sustancial, ese concepto que por alguna razón Hidalgo aborrece y denuncia una y otra vez, se explica así: cuanto existe o está en acto o está en potencia, el cambio es sólo el paso de la potencia al acto; ahora bien, la materia encierra la potencialidad y

la forma que inevitablemente acompaña a la materia (no hay materia sin forma ni forma sin materia) es *forma sustancial* cuando la materia llega o, mejor, realiza, la forma en acto, que es su auténtica y última realidad.

Éste es el tipo de delicadas disquisiciones, que suenan peligrosamente a simples galimatías, a enredos sin sentido, el que condena con energía Hidalgo y Costilla y piensa que la teología positiva va a lograr eludir.

Hidalgo, nos recuerda Méndez Plancarte, poseía el francés, cosa muy rara en aquella época, lo había aprendido en forma autodidacta, esta posesión lo capacitaba para explorar los textos ilustrados más audaces y subversivos. Amaba el teatro, cuando fue rector, tradujo y montó a Molière y a Racine. Se lo tenía por inteligente, en el seminario recibió el apodo del Zorro, por taimado, asegura Lucas Alamán, que no lo quería.

Más interesante y revelador, tal vez, que todo eso, es que el padre Hidalgo, según dicen, hablaba y escribía el otomí, mexicano (náhuatl) y tarasco, “y conocía muchos ramos de la industria”. ■

